

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL PODER MÁGICO DE LOS GESTOS
Y DE LA MIRADA

Sèvres, 24 de julio de 1938

Conferencia improvisada

Estoy contento de veros reunidos hoy en este bello jardín de uno de nuestros amigos. Ya que me lo pedís, voy a deciros unas palabras. Pero ¿de qué queréis que os hable?... Hace un rato me han hecho una pregunta en relación con los gestos y su significado. Se trata de una cuestión muy vasta y, para empezar, hay que estudiar los movimientos en general, su origen, y lo que expresan del ser interior.

El hombre, ya os lo he explicado, está constituido por diferentes cuerpos más sutiles que el cuerpo físico, y gracias a estos cuerpos invisibles puede entrar en relación con un gran número de fuerzas, de inteligencias y de entidades del universo. Estas fuerzas, estas inteligencias, se expresan a menudo a través de él bajo la forma de gestos, de movimientos, de mímicas; e inversamente, por intermedio de gestos y de posturas diversas, conscientes o inconscientes, el hombre puede entrar en relación con diferentes fuerzas y existencias.

Ésta es, pues, una cuestión muy vasta y aquí no haré más que atraer vuestra atención sobre la importancia enorme de los movimientos que hacemos cada día, la mayoría de las veces inconscientemente, con las manos, los pies, la cabeza, los ojos, la boca y todo el cuerpo. Estos gestos se dividen en dos categorías: los gestos armoniosos y los gestos desarmoniosos. A veces decís: "Es curioso, pero, cuando me encuentro delante de esta persona, me siento nervioso, irritado, impaciente." Eso depende a menudo de los gestos que hace. Esta irritación puede tener otras causas, claro, pero hay cantidad de gestos y de movimientos que pueden indisponer a los demás. Y otras veces, alguien que no es bello ni tiene instrucción, os gusta mucho, y eso depende también de los gestos que hace,

de su comportamiento.

Podemos, pues, dividir a la gente en dos categorías: los que hacen gestos desarmoniosos y los que hacen gestos armoniosos. Los primeros hacen movimientos bruscos, entrecortados, desordenados: parpadean, resoplan al hablar, agitan sus manos sin razón, mueven la cabeza, balancean un pie, os miran con insistencia, fruncen el ceño, lanzan bruscamente su dedo apuntando hacia vuestro rostro... No se pueden enumerar todos esos gestos. Otros, al contrario, hablan haciendo gestos llenos de dulzura y de paz que son verdaderamente benéficos para los que escuchan.

Debemos controlar los gestos inconscientes porque éstos disminuyen la autoridad de un hombre. Lo habéis observado, a veces os habéis encontrado ante grandes personajes que, debido de ciertos tics, ciertas muecas, o ciertos movimientos de manos automáticos, perdían todo su prestigio.

Los gestos deben corresponder al estado interior. Si hacéis gestos armoniosos sin experimentar los sentimientos correspondientes, no producirán grandes resultados, aunque no pueden quedarse totalmente sin efecto, puesto que, por naturaleza, todos los gestos son mágicos. Los grandes Iniciados, los Maestros, son magos, pero magos blancos, es decir, que saben atraer y expresar el mundo divino a través de sus gestos. Mientras que los magos negros hacen gestos y lanzan miradas que limitan a los demás, les presionan, les paralizan y les quitan fuerzas; sí, existen realmente gestos que son maléficos.

La magia es la ciencia de los gestos. Por eso el discípulo debe ser consciente de sus movimientos y velar para no hacer ninguno que sea inútil o malo al hablar, al caminar, al trabajar, porque producen graves consecuencias desde el punto de vista espiritual. Cada gesto es una fuerza que actúa en los diferentes mundos; corresponde a corrientes, a colores, a vibraciones y va a tocar a los seres que hay a nuestro alrededor. Cada uno de ellos nos abre o nos cierra ciertas puertas de la naturaleza y nos conecta con poderes, buenos o malos. Si queremos avanzar en el camino del amor, de la sabiduría y de la verdad, debemos estudiar nuestros gestos y preguntarnos si manifiestan o no estas tres virtudes. Por ejemplo, los ejercicios de gimnasia que os he mostrado* son movimientos de magia blanca que hacemos para ponernos en armonía con las corrientes luminosas del universo. Abren en nosotros unos canales espirituales que permiten los intercambios entre las fuerzas de dentro y las fuerzas de fuera, y estos

intercambios tienen consecuencias benéficas para nuestra salud.

Debemos estudiar los gestos, porque existen algunos que son realmente poderosos y que pueden ponernos inmediatamente en comunicación con los ángeles. Pero es peligroso tener conocimientos sobre el poder mágico de los gestos sin estar preparados para utilizarlos para el bien. Si estudiamos demasiado rápidamente estas cosas, creyéndonos capaces de aplicarlas sin habernos purificado previamente, debemos esperar dificultades, y hasta accidentes. Por eso sólo os daré unas pocas explicaciones para empezar, y escogeré ejemplos que se refieren a los gestos más sencillos.

Os diré, en primer lugar, algunas palabras sobre los gestos que hacemos con las manos. El hábito de gesticular al hablar está muy extendido. A veces estamos horrorizados de ver ante nosotros a personas que no cesan de agitar sus manos de forma desordenada, de manipular nerviosamente los objetos, de tirarse de los pelos o de los botones de los vestidos. No podemos escucharlos y, al cabo de unos minutos de conversación, estamos agotados.

Debemos, pues, educar nuestras manos y servirnos de ellas para calmarnos. Existen para ello numerosos ejercicios que podemos hacer. Os daré algunos.

Por ejemplo, con la palma de la mano derecha acariciáis, muy delicadamente, rozándolo apenas, el dorso de la mano izquierda. O bien también, con las puntas de los tres primeros dedos de la mano derecha acariciáis sucesivamente todos los dedos de la mano izquierda, empezando por el pulgar.

Aquí tenéis otro. Abrid vuestra mano derecha, fijad vuestra atención en el centro de la misma, y después, suavemente, lentamente, conscientemente, volved a cerrar los dedos concentrando todos vuestros esfuerzos en este movimiento hasta que hayáis cerrado totalmente el puño... Deteneos unos momentos concentrando vuestra atención en el puño, y después, lentamente, abrid la mano de nuevo... Haced este ejercicio poniendo en él toda vuestra consciencia; una sola vez basta, no os volveréis más fuertes haciéndolo veinte veces seguidas, pero hacedlo cada día como Dios manda.

Las manos representan la voluntad. Debéis educar vuestras manos, aprender que cada dedo capta y transmite corrientes, ondas de diferente

naturaleza. Son antenas. Los Iniciados saben trabajar con sus dedos y captar, gracias a ellos, las corrientes que circulan en el espacio y que permiten curar, purificar, prepararse para el trabajo.

En las manos se acumulan muchas impurezas, y por eso hay que lavarlas a menudo para que puedan funcionar como antenas perfectas. Pero, en realidad, el agua física sobre vuestras manos físicas no basta para lavarlas verdaderamente; por eso, cada vez que podáis, imaginaos que hacéis fluir un agua espiritual, una corriente de luz de los más puros colores y que bañáis en ella vuestras manos el mayor tiempo posible.

No contéis con los ejercicios difíciles o impresionantes; en los pequeños ejercicios es donde se esconde el secreto del poder, debéis saberlo de una vez por todas.

No debemos contentarnos con acumular conocimientos, hay que aplicarlos. Si no los aplicamos y corremos de un lado a otro sin verificar el poder que se encuentra hasta en los más pequeños conocimientos, los olvidamos y lo perdemos todo. Siempre se quieren revelaciones sensacionales, pero, como éstas son muy abstractas, no se pueden utilizar. Mientras que existen ciertos ejercicios fáciles, aparentemente insignificantes, pero que adquieren un gran valor en cuanto los aplicamos, porque se vuelven vivos.

La mayoría de la gente quiere saberlo todo sin aplicar nada; pues bien, en estos casos, el saber es inútil. Lo bueno que sabemos debemos aplicarlo. Si estuviese seguro de que os decidiríais a poner en práctica todo lo que me gustaría explicaros, respondería a vuestra sed de conocer todas las cosas magníficas que podemos hacer con las manos; todo llegará un día, si tenéis paciencia. De momento, hay que empezar por los primeros ejercicios y hacerlos con perseverancia, y no sólo de vez en cuando y sin tener en cuenta las condiciones, porque entonces, claro que podréis decir que no sentís que se produzca ningún resultado.

Antes de saber qué gestos debéis hacer con las manos, empezad por no hacer ningún gesto. Cuando habléis o cuando expliquéis algo, hacedlo sin gesticular. Algunos dirán que los gestos dan más fuerza a la palabra, pero esto es falso. Sabéis que en el teatro y en el cine se dan cuenta, cada vez más, de que el espectador puede ser impresionado sin que el actor haga demasiados gestos. En los comienzos del cine los actores se agitaban mucho, pero hoy en día los más grandes artistas se esmeran en no hacer gestos, y el público queda muy impresionado con este tipo de

representación. A los hombres más sensibles, a los más inteligentes y evolucionados, no les gusta el teatro y el cine en los que se gesticula demasiado, como sucede en los vodeviles; sienten la necesidad de un lenguaje que venga del interior, que no se manifieste con actitudes espectaculares y grandilocuentes, sino que se limite simplemente a veces a un juego sutil de los músculos de la cara y a la expresión de los ojos. Debéis tratar de reducir el número de vuestros gestos, porque cada uno de ellos representa una pérdida de fuerza, sobre todo si son desordenados. Tras haberos agitado os sentís desmagnetizados, agotados, mientras que, al contrario, unos gestos armoniosos os magnetizan y os sentís mucho mejor.

Estrechar la mano es igualmente un gesto muy importante en los intercambios cotidianos. En Europa, para saludar, nos vemos constantemente obligados a estrechar las manos; pero es muy raro encontrar a alguien que sepa hacerlo como Dios manda, y por eso os voy a dar algunas explicaciones sobre ello. Muy a menudo os tienden la mitad de la mano, o bien una mano floja y muerta, y en vez de sentir un contacto agradable, os sentís contraídos, cansados, en un estado desagradable. Algunas personas, al contrario, os estrechan la mano con tal fuerza que casi os hacen gritar, lo que tampoco es agradable. Si estrechamos la mano de alguien, debemos hacerlo con amor y sinceridad; si no, es mejor abstenerse, porque nos desmagnetizamos y desmagnetizamos también a aquél cuya mano estrechamos.

Sólo debemos estrechar la mano una vez y no dos o tres veces seguidas. ¿Por qué? Porque la primera vez nos damos mutuamente algo, mientras que la segunda vez lo volvemos a tomar. La primera vez que estrechamos las manos intercambiamos algo sutil, la segunda vez ya son corrientes más densas, más materiales, y la tercera y la cuarta vez lo que intercambiamos son heces, residuos. Al principio bebemos lo más espiritual, pero después nos acercamos cada vez más al fondo del vaso, a los posos. Podemos objetar que eso depende de los casos; sí, pero en general la ley sigue siendo válida.

Podemos conocer el carácter de los seres según su forma de estrechar las manos, porque sus manos hablan y lo revelan todo de sí mismos. Cuando al estrechar las manos de alguien ponéis vuestra atención en este gesto, podéis aprender y comprender muchas cosas sobre la persona. Según que su mano esté caliente o fría, sea dura o floja, húmeda o seca, grande o pequeña, gorda o delgada, os informáis sobre la persona. Y hasta podéis saber cuál es el mejor método a emplear con ella, cómo hablarle y cómo

actuar con ella.

Pensáis, quizá, que estrechar las manos es poca cosa para conocer a alguien. Pues bien, estáis en un error. Si la mano es blanda y fofa, sabréis que estáis ante un hombre perezoso, lleno de proyectos que nunca realizará debido a su falta de voluntad, un hombre débil que espera que los demás trabajen para él. Si la mano es firme, es que pertenece a alguien a quien le gusta el trabajo, el orden, las cosas difíciles, y con el que podéis contar. Todo eso depende de la flojera o de la firmeza de la mano. Estas indicaciones os permitirán aplicar a los diferentes casos los métodos apropiados. Otras indicaciones son suministradas por el hecho de que la mano sea viva, irradiante, expresiva, o bien muerta, apagada, desdibujada. Quizá os extrañe que os diga que una mano pueda estar viva o muerta, pero una mano puede expresar matices todavía más sutiles.

Según la sensación que experimentéis al estrechar una mano podéis predecir inmediatamente la duración de vuestra amistad con la persona a la que esta mano pertenece, porque estáis preparados por el temperamento y la organización física y psicológica a entenderos con los seres cuya mano está hecha para la vuestra y encaja bien con ella. Con ellos podréis tener una amistad sincera y duradera. En el caso contrario no habrá verdadera amistad entre vosotros, y os evitaréis muchas cosas desagradables sabiendo de antemano que no estáis hechos para entenderos.

Os diré ahora unas palabras sobre la mirada, a la que podemos hacer entrar también en la categoría de los gestos. Los ojos no están separados del cuerpo físico; son los órganos más sutiles y los que mejor pueden expresar lo que sucede en el interior del ser. Para la expresividad, los ojos están en el primer lugar, y los huesos en el último. Hacen falta años para que los huesos manifiesten los cambios interiores, mientras que los ojos reflejan inmediatamente todo lo que sucede dentro del ser.

Cuando sentís cualquier emoción, la mirada es la primera que lo manifiesta; después, el color de la piel; luego, los músculos, que se dilatan o se contraen, y sólo al final reacciona el sistema óseo. Los ojos están conectados con el sistema nervioso y son los primeros en reflejar su estado.

Los ojos son unos órganos pasivos, receptivos; es verdad, pero con los ojos podemos no sólo recibir, sino también dar. Sí, con la mirada podemos ser emisivos, activos, es decir, hablar, sugerir, influenciar, mandar.

No debéis mirar fijamente a los demás, porque, si lo hacéis, les importunáis, pero tampoco es bueno mirarlos pasivamente con ojos inexpresivos. Si los miráis demasiado pasivamente, encontrarán que no reciben nada de vosotros. Hay personas que tienen los ojos lánguidos, pasivos y al mirarlos, sentimos cómo se dispersan nuestras energías. Por todas partes en la vida encontramos a gente que son como vampiros. El vampirismo existe bajo toda clase de formas; gestos, palabra, mirada. Sí, algunos tienen tan desarrollado el vampirismo, consciente o inconsciente, que tienen unos ojos que os chupan, que os quitan toda la vitalidad. Lo he constatado a menudo. Hay gente a la que no me gusta mirar, porque su mirada me duerme; no puedo hacer nada con ellos. Mientras que otros están vivos: me dan algo cuando me miran, y entonces yo puedo darles mucho más. Así todo el mundo es feliz, el que ha dado y el que ha recibido.

Debemos observarnos y vigilar la expresión de nuestros ojos preguntándonos: "¿Doy, o tomo?" Dar está bien, y también está bien tomar a cambio, pero, si no hacemos más que tomar, seremos expulsados de todas partes, porque somos ladrones espirituales. Mientras que el que se entrena en dar, en irradiar, practica la más alta magia. Sólo el deseo de dar, de hacer felices a los demás, sólo el deseo intenso de servir a la Causa divina puede abrirnos las puertas del Cielo.

Debéis mirar a los demás con dulzura, pero sin insistencia, dejándoles libres; no tratéis de obligar a los demás a responder a vuestras miradas y a manifestarse según vuestros deseos. Porque aquél que recibe así la proyección de vuestra voluntad se siente importunado, violentado y, de todas formas, nada puede obligarle a abrirse a vosotros. Permanece insensible a todos vuestros manejos. El secreto para ganarse a los demás es el amor desinteresado, que nunca trata de ganarse el alma o el corazón por la violencia.

Los astrólogos os dirán que los hombres miran de tal o cual forma según que tal o cual planeta domine en su tema. Los lunáticos tienen una mirada vaga y soñadora que muestra que están en las nubes. Los ojos de los mercuriales escudriñan por todas partes y descubren a veces incluso lo que hay en vuestros bolsillos. Los venusinos miran lánguidamente y os hacen guiños para atraeros. Marte os mira con un aire de desafío como para decir: "¡Cuidado, estoy dispuesto a luchar contigo!". Júpiter os envía miradas protectoras que significan: "Cuenta conmigo, puedo ayudarte, conozco a marqueses, a príncipes, a grandes personajes, y les hablaré de ti." La mirada de Saturno está llena de sospechas, os examina con desconfianza,

porque siempre cree que vais a quitarle algo. El solar, en cambio, mira abiertamente y con una gran claridad.

¿Cómo debemos mirar? En cualquier caso, no a la manera de Saturno, que lanza miradas sospechosas. Me objetaréis que si no desconfiamos nos engañarán y nos robarán. Es verdad, pero si sois eternamente desconfiados inspiraréis la misma desconfianza en los demás y la existencia será insoportable *. Suponed que estéis casados. Si sospecháis siempre de vuestra mujer y le lanzáis continuamente miradas duras y desconfiadas, ¿sabéis lo que estáis haciendo? Aunque esta mujer sea absolutamente honesta y fiel, acabará engañándoos verdaderamente, porque sois vosotros los que, inconscientemente, le empujáis por el mal camino. ¡Sí! Es terrible para una mujer sentir que su marido no confía en ella, y un día le abandona, porque ya no puede soportarle... aunque sea el filósofo más grande del mundo. Las sospechas, la desconfianza, la duda son fuerzas destructivas.

Todavía no se ha estudiado cómo servirse de la mirada. Se aprende alquimia, magia, astrología, quiromancia, radiestesia, frenología, etc... Pero no se sabe nada de la mirada, que, sin embargo, contiene una verdadera ciencia.

A veces os sentís felices, dilatados, pero sin saber por qué. Es muy sencillo. ¿No os habrá sucedido que, caminando por la calle, os habéis encontrado con alguien que os ha gustado mucho y, al pasar, le habéis enviado un pensamiento, un destello, un sentimiento de amor sincero? Esta persona ni siquiera os ha visto, pero ha recibido lo que le habéis dado de esta manera. Pues bien, cuando súbitamente os sentís felices, es que un habitante del mundo invisible os ha amado al pasar: os ha mirado, proyectando sobre vosotros un rayo, y este rayo ha alcanzado vuestro corazón. Porque, en el mundo invisible hay seres que os quieren y, cuando os encuentran, lanzan sobre vosotros una buena mirada. Pero, cuando os sentís bruscamente heridos, lastimados, es que os habéis encontrado con un enemigo.

En el plano físico hay, por todas partes, multitudes que se mezclan, que se cruzan y hacen intercambios al pasar. Lo mismo sucede en el mundo invisible; también ahí estamos en medio de la multitud: a veces alguien, al pasar, nos envía buenas ondas, y a veces otro nos las envía malas, y muchos de nuestros estados se explican de esta manera. El poder de la mirada es inmenso y a veces sucede que ciertas personas caen enfermas porque, en el

mundo visible, o en el mundo invisible, seres que no los amaban les han mirado durante mucho tiempo sin amor.

Sólo debemos acercarnos a los seres dándoles miradas de amor espiritual, como el Sol, que, al mirarnos cada día, nos envía ondas vivificantes. El Sol es Dios mismo. Amar a Dios es presentarse a menudo ante su faz para contemplarle y atraer una mirada de sus ojos. Una sola mirada de Dios puede transformarnos y no la olvidaremos en toda la eternidad. Por eso debemos trabajar mucho tiempo para acercarnos a Dios hasta conseguir que lance una mirada sobre nosotros.

Debemos comportarnos de forma tal que nunca lancemos una mala mirada a nadie. En la Tierra, los hombres se lanzan continuamente miradas fulminantes. Dad gracias, pues, porque en la Tierra las leyes sean menos severas que en el Reino de Dios, porque el habitante del Reino de Dios que se permite lanzar una sola mirada de hostilidad es inmediatamente excluido y debe descender a errar en las regiones inferiores. Todos nosotros hemos sido expedidos a la Tierra por haber lanzado al menos una mala mirada. Nos han cerrado las puertas del Paraíso y hemos descendido a un lugar en el que tales faltas son toleradas. La guerra es una de las consecuencias de las miradas que los humanos se lanzan mutuamente sin cesar.

La vida espiritual empieza con la educación de la mirada. Evidentemente, la palabra "mirada" es aquí simbólica, representa un resumen, una síntesis. Todo puede ser expresado por la idea de mirada, es decir, por una proyección de fuerzas hacia un objeto determinado. La mirada es la proyección de una energía particular, buena o mala. Considerad la astrología y veréis que toda ella puede ser explicada por la mirada. Un planeta lanza una mala mirada a otro y, debido a eso, el niño que va a nacer va a sufrir toda su vida; nunca podrá borrar los malos efectos de esta mirada.

Sí, la astrología ha comprendido bien la profundidad de la mirada; dice, por ejemplo, que si vuestro Saturno mira a vuestra Luna de mala manera, ello significa que cada mes tendréis que pasar dificultades, penas, tristezas, en función del reino, es decir, del signo en el que se encuentre la Luna, a la que Saturno ha lanzado esta mirada. Si la Luna se encuentra en Aries, será la cabeza la que sufra; si se encuentra en Virgo, serán los intestinos; si está en Géminis, serán los pulmones; si en Capricornio, vuestras rodillas o vuestra piel. Yo lo verifico muy a menudo. Cuando algunos vienen a preguntarme sobre las enfermedades que sufren, constato

esta correspondencia. Si varios planetas se lanzan malas miradas producen un destino espantoso del que difícilmente se puede salir, porque las miradas así lanzadas cristalizan en el plano físico. Y el plano físico ofrece una gran resistencia, no se puede modificar fácilmente.

Para neutralizar las malas influencias de los planetas hay que lanzar, durante mucho tiempo, buenas miradas a las piedras, a las plantas, a las estrellas. Hay que pedir las bendiciones del Cielo, para que éste nos envíe miradas favorables que neutralicen todas aquéllas que nosotros hemos recibido de los enemigos físicos, astrales y mentales durante todas nuestras encarnaciones. La mala mirada lo destruye todo en la vida. Empezamos enviándonos malas miradas y acabamos peleándonos. El amor, el odio, los accidentes empiezan con la mirada. Un hombre ha visto a una mujer, le ha lanzado cierta mirada y la mujer se enamora de él; el encadenamiento de todos los acontecimientos que van a producirse después proviene de esta mirada. Y, de la misma manera, aquél que lanza una mala mirada da la señal de comienzo de todas las batallas, de todos los trastornos de la Tierra.

Estudiad esta cuestión en vuestra vida familiar, en la vida social, y veréis que muchas cosas dependen de la forma en que se miran unos a otros. Mirarse es toda una ciencia; todavía no se ha estudiado suficientemente la influencia de la mirada en el destino del hombre. No digáis que es una cosa minúscula. Todo está en la mirada, que es una síntesis del ser entero; todo se refleja en ella: la grosería y la finura, la tontería y la inteligencia, la nobleza y la cobardía, la fuerza y la debilidad. La mirada imprime un sello sobre todo aquello en lo que se posa. Para cambiar la mirada hay que cambiar toda la existencia, la manera de pensar, de sentir, de actuar. A través de la mirada las energías se vierten sobre las cosas, los seres, los objetos. La mirada es lo más importante; por eso la astrología no se equivoca al definir el horóscopo de un hombre como una síntesis de las miradas que se lanzaron los planetas cuando nació.

Os daré ahora algunos consejos. Cuando estáis furiosos contra alguien, tenéis tendencia a fulminarle con la mirada. Tened cuidado, nunca debéis lanzar miradas hostiles; en momentos así, cerrad los ojos, más bien, y transformad la fuerza que actúa en vosotros. Si lanzáis malas miradas, proyectáis una fuerza que se pone a trabajar sin que os deis cuenta y que se revolverá un día contra vosotros.

Procurad no bajar nunca los ojos durante demasiado tiempo, porque al mirar hacia abajo os conectáis con los poderes terrestres. Claro que

tampoco hay que mirar demasiado al aire, porque sería exagerado; pero es muy malo, si habláis a alguien mirándole, bajar después súbitamente vuestra mirada hacia el suelo.

Si queréis saber lo que alguien está haciendo, volved la cabeza francamente hacia él, y no os contentéis con mirarle de reojo; se trata de un hábito malo que prueba falta de franqueza.

Nunca hay que esconder tampoco los ojos durante una conversación. Me acuerdo de que, un día, el Maestro Petar Dunov reprendió severamente a uno de sus discípulos que se ponía la mano delante de los ojos cuando hablaba con él. Nunca debemos hacer este gesto, porque pone una barrera entre el mundo exterior y la mirada interior.

Debéis saber que podéis ayudar a los demás con la mirada. Por todas partes, en la calle, en el autobús, en el metro, os encontráis con mucha gente a la que podéis ayudar lanzándoles buenas miradas y enviándoles pensamientos de ánimo y de confianza. De momento no se darán cuenta de lo que hacéis por ellos, pero su alma y las entidades espirituales que habitan en ellos sabrán recibir lo que les enviáis y ellos se encontrarán después en mejor estado.

La mayoría de las veces, cuando los humanos se encuentran, en las calles o en otra parte, se miran con indiferencia, como extraños, o incluso como enemigos. Nunca se dan miradas de bondad, de luz, como si tuviesen miedo unos de otros. ¿Hay acaso una sabiduría en este miedo a mirarse?... Es verdad que a menudo los hombres se miran como extraños cuando, en realidad, arden en deseos de entrar en relación. "Es normal, dirán los psicólogos, ¡la naturaleza humana es tan compleja!" Es verdad, si la naturaleza humana no reservase tantas sorpresas (¡y malas sorpresas!), los hombres serían menos desconfiados. Quizá sea preferible, de momento, adoptar esta actitud indiferente, reservada, para poder estar tranquilos, pero más tarde se encontrará una actitud mejor. Llegará un día en el que los hombres se mirarán tal como Dios los mira. Se desembarazarán de su antigua mentalidad y se mirarán libremente, porque ya no habrá peligro al hacerlo. En efecto, nadie tendrá ya malos pensamientos y todos darán rienda suelta a su simpatía a través de sus ojos, de su sonrisa.

Hoy en día, cuando un hombre baja los ojos, piensan que es puro, santo, porque no mira a las mujeres. Sin embargo, las desea, e incluso, después, las devora. Es mejor mirarlas enviándoles luz y buenos pensamientos, sin sentir el menor deseo.

La antigua filosofía aconseja mirar al suelo. La nueva filosofía enseñará a mirar a todos los seres humanos, pero con una mirada pura, tranquila, porque la mirada es el lenguaje de Dios. Dios y los ángeles hablan con la mirada. En el Cielo nadie tiene tiempo de pararse a hablaros. Los ángeles recorren el espacio a una velocidad vertiginosa, superior a la de la luz, pero, a su paso, os envían una mirada que os cura, que os ilumina, que os salva, y de la que os acordáis durante toda la eternidad. Nada en el mundo puede compararse con una mirada así. Éste es el verdadero lenguaje del Cielo.

En el futuro los hombres sólo se hablarán con los ojos, porque la boca todavía no es capaz de expresar todos los sentimientos sutiles. Imaginaos que al pasar por la calle os encontraseis a cientos de personas que os dieran una mirada pura, sincera, luminosa; ¡tendríais la impresión de entrar en el Reino de Dios! Si estabais desesperados, seríais curados, resucitados por estas miradas llenas de confianza. La experiencia os ha enseñado ya el poder de la mirada; lástima que sólo hayáis tenido la experiencia de las miradas que hacen daño.

* * *

Me he detenido durante unos minutos en los que os he enviado a cada uno de vosotros una mirada, diciéndoos ciertas cosas que no puedo expresar en voz alta; espero que las hayáis recibido.

* * *

Si no somos dueños de nuestros gestos y de nuestra mirada, ¿cómo podremos entrar en la Escuela iniciática? Cada día, pulsamos inconscientemente unos conmutadores nocivos, esperando, sin embargo, las más grandes revelaciones del Cielo; pero la sabiduría nos dice: "Empezad por tener una actitud correcta, mirad con amor, haced gestos con amor."

Los verdaderos discípulos de la ciencia divina saben enviar un saludo a los seres luminosos del mundo visible e invisible, saben transmitir cada día su saludo a estos seres y recibir el suyo a cambio, y así se sienten cada vez más reforzados e iluminados.

Es necesario que conozcamos bien todos los gestos que hacemos y que corriamos aquéllos que no son ni útiles ni armoniosos. Diréis que vosotros no os veis, y que tampoco van a ser vuestros amigos los que os hagan observaciones a este respecto. Es verdad, son nuestros enemigos los que nos prestan, en general, esta clase de servicio, pero, desgraciadamente,

no lo aprovechamos. Sólo los hombres sabios saben apreciar la utilidad de sus enemigos.

En realidad, nadie puede indicaros en detalle qué gestos podéis hacer; cada uno debe encontrarlos por sí mismo... Algunos imitan los gestos de los demás, de los grandes actores, de los hombres políticos, a pesar de que, a menudo, éstos carezcan de sentido espiritual, y a veces incluso de sentido común. Todo gesto carece de sentido si no es la manifestación de un pensamiento claro, de un sentimiento lleno de amor, de una voluntad noble y justa. Sólo podemos encontrar espontáneamente una actitud correcta si estamos inspirados por el amor, la sabiduría y la verdad. Cada sentimiento, cada pensamiento, tienen su expresión particular y estrictamente determinada, y nuestros gestos sólo serán libres y armoniosos si traducen verdaderamente el fondo de nuestra alma. Debemos, pues, ante todo, acercarnos al fuego sagrado y abrir al amor divino nuestro corazón para calentarlo y vivificarlo. Debemos abrir nuestro intelecto a los rayos del Sol espiritual para que la luz de Dios lo ilumine. Y, finalmente, debemos conectar nuestra voluntad con la voluntad del Ser supremo, para obtener, gracias a este contacto, fuerzas para una obra creativa.

A cada hombre le ha sido confiada una tarea especial que debe llevar a cabo por sus propios medios; en esta diversidad de tareas y de medios hay una gran belleza. Cada movimiento, incluso el más minúsculo y el más insignificante, está conectado con unos engranajes y unas fuerzas bien determinadas del cosmos; cada movimiento representa un sonido en el mundo invisible, Y, a veces, sin sospecharlo, el hombre produce unos ruidos espantosos; con gestos estúpidos y desordenados, desencadena tempestades y tornados que lo destruyen todo a su paso. Con gestos armoniosos, crea sonidos semejantes al murmullo de las fuentes, a los cantos de los pájaros en el bosque, al cuchicheo del viento entre las hojas, embalsama el aire con el perfume de las flores. Son movimientos que serenán, que fortifican, como la salida del sol en una mañana de primavera, cuando el aire es puro y está lleno de prana vivificante. Cada movimiento de los ángeles en el espacio es una música que los hombres ni siquiera pueden concebir...

Os encontráis a veces a hombres que pertenecen a la más alta sociedad y que, por su lenguaje, su vestimenta, sus maneras, se manifiestan bien como tales; sin embargo, de repente, observáis que hacen un movimiento con los ojos, con la mano, o con la boca, que revela súbitamente su verdadero origen interior. Esto sólo está claro para aquéllos

que saben comprender el lenguaje de los gestos. Son como estas personas que la gente cree sabias y razonables y que, de repente, se revelan como personas insensatas. En un asilo, un visitante entra en conversación con un loco que le cuenta unas cosas tan profundas y sabias que el visitante se pregunta cómo han podido encerrar a un hombre así. Pero, de repente, el loco se inclina hacia él y, con la mayor seriedad, le confía que la suerte de toda la humanidad depende de él, porque él es Cristo, al que todos esperan desde hace siglos... Otros hombres, al contrario, se muestran extremadamente sencillos y naturales, y pensáis que son totalmente mediocres, pero, súbitamente, hacen un gesto que revela qué gran ser vive en ellos y permanece escondido a los ojos de los hombres ordinarios.

Cada uno de vuestros gestos es una fuerza, una piedra lanzada al océano de las energías; produce ondas que, un día u otro, vuelven obligatoriamente hacia vosotros. Y, si recibís un golpe, es inútil que os preguntéis de dónde viene: es la consecuencia de un gesto de magia negra que hayáis hecho contra alguien, hace años, y que os vuelve ahora con violencia. Cada gesto desprende una energía sutil que acciona unos conmutadores en la naturaleza sin que sepáis de antemano qué es lo que producirá. Por eso la ciencia de los gestos es tan importante. Con nuestros propios gestos podemos encarcelarnos, y con nuestros propios gestos podemos también liberarnos.

En la Enseñanza nueva, los educadores estudiarán esta cuestión tan importante e indicarán a los niños y a los padres cómo hacer conscientemente los mejores gestos. Yo ya he visto en las escuelas y en las familias muchas cosas peligrosas desde el punto de vista educativo. Soy pedagogo y he estudiado mucho esta cuestión. Algunos niños tienen enfermedades nerviosas simplemente porque sus madres no saben con qué gestos lavarles, alimentarles, acariciarles. El ser humano es como una máquina muy compleja provista de numerosos conmutadores: cuando se toca uno de ellos, se produce tal o cual consecuencia; cuando se toca otro, da otro resultado. Debemos saber cómo tocar las manos, los pies, el cuerpo del niño, si queremos educarle o curarle.

Pero, lo repito, los mejores gestos sólo tienen verdaderamente poder si son sinceros. Es inútil tener una actitud encantadora si ésta no corresponde a nada profundo. Antes de manifestaros fuera, debéis apelar a los pensamientos y sentimientos correspondientes que se expresarán a través de las actitudes que el alma sabrá encontrar. Porque los músculos del rostro y sus expresiones están conectados con nuestros pensamientos y con

nuestros sentimientos. Y esta conexión funciona en los dos sentidos: suponed, por ejemplo, que, sin estar verdaderamente enfadados contra alguien, queráis hacerle creer que estáis furiosos cambiáis entonces voluntariamente vuestra expresión y, tras unos minutos, sentís realmente un cambio en vosotros, estáis verdaderamente furiosos. Esto se produce porque, cada vez que en el pasado habéis montado en cólera, vuestros sentimientos han excitado las células de vuestro cerebro y éstas han enviado un mensaje a los músculos. Ahora, se produce lo inverso: ponéis cara de descontento y experimentáis realmente ira. Eso es cierto para todos los sentimientos.

Existen, pues, relaciones entre los sentimientos y las expresiones de la cara, y por eso no hay que poner una cara sombría, taciturna, cerrada, porque, aunque lo hagáis adrede, algún tiempo después experimentaréis verdaderamente los sentimientos que corresponden a estas expresiones. Mientras que si os esforzáis en tomar una buena actitud, al principio quizá sea un poco forzado, pero pronto se convertirá en algo natural y os encontraréis continuamente en un buen estado interior que vuestra cara manifestará espontáneamente. Ahí tenéis la importancia mágica de cada gesto, de cada mímica, No puedo explicaros todo eso en detalle, tan sólo debéis saber que cada gesto armonioso y agradable corresponde a buenos pensamientos, a buenos sentimientos.

Aunque los seres quieran esconderlos, siempre hacen gestos que revelan algo de su naturaleza profunda, o incluso de su vida pasada. Por ejemplo, si veis que alguien habla siempre frotándose los dedos, como si contase dinero, es porque ha sido cajero, usurero o banquero. Hace unos días vino un hombre a verme. Nada podía revelar que había vivido mucho tiempo en un seminario; pero, de repente, mientras hablábamos, cerró los ojos y juntó las manos de tal manera que comprendí inmediatamente que había debido ser sacerdote. ¡Y era verdad! Hay pequeños gestos que muestran por qué camino hemos pasado. No creáis que podéis esconder lo que habéis hecho o lo que hacéis. Si en esta vida, o en el pasado, habéis sido aristócratas, o déspotas, o espías que lo espiabais todo a vuestro alrededor, algo en vosotros lo revelará. Hagáis lo que hagáis, incluso la manera de poner los pies al andar (si primero ponéis el talón o la punta del pie) mostrará cuál es vuestra verdadera naturaleza. Todo está claro para aquéllos que comprenden estos signos.

Imaginaos que una mujer desea atraer la atención o adquirir la estima de un Iniciado verdadero. Va a verle, se comporta con la mayor gentileza y

humildad posible, y no comprende por qué su deseo no se realiza. El Iniciado ve que ella hace con su cuerpo unos movimientos que revelan ante él toda su vida pasada; que ha servido, durante años, a todas sus pasiones inferiores, viviendo con el deseo de despertar el amor sexual en los demás para abandonarles después a sus sufrimientos y a sus tormentos. Y suponed que ella haya querido despertar el amor del Iniciado simplemente para satisfacer su vanidad... Los Iniciados verdaderos están muy bien acorazados contra tales tentativas. Sólo les conmueven la pureza, la sencillez, la sinceridad y la bondad. Están dispuestos a remover Cielo y Tierra para las almas que poseen estas cualidades.

¡Cuántos hombres y mujeres aprenden conscientemente con qué movimientos del cuerpo o de la cara pueden despertar el deseo sexual en los demás! No sospechan que esta atracción dure muy poco y que de todo eso no quedará en su alma más que cenizas y decepciones. En realidad, muy poca gente conoce el arte de despertar a una vida inteligente, llena de belleza y de primavera, a la chispa más sublime que vive en el fondo del alma humana. Y muy pocos también saben hacer nacer en los demás la fe y la esperanza en un futuro luminoso.

Los movimientos del cuerpo y de la cara son un lenguaje claro, elocuente, poderoso para aquél que sabe leerlos. Son una carta que constantemente escribimos a los mundos visible e invisible. Son signos secretos con ayuda de los cuales entramos en contacto con todos los seres razonables o irrazonables de la naturaleza. Son expresiones de nuestro intelecto y de nuestro corazón y, gracias a ellos, tenemos la posibilidad de crear o de destruir nuestro futuro,

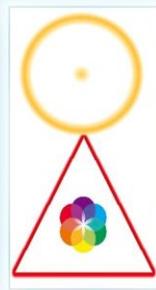
La diferencia entre un mago blanco y un mago negro es que los movimientos que hace el mago negro disminuyen la paz en los demás, apagan sus pensamientos, embarullan sus ideas y alejan su espíritu de las fuentes de la vida; mientras que los movimientos del mago blanco están llenos de pureza, de armonía, de serenidad, de dulzura, son sinceros y bellos, nos dan la vida, nos iluminan y nos liberan de las cadenas de la naturaleza inferior.

Más tarde existirá una escueta en la que los hombres aprenderán, gracias a movimientos acompañados de música, cómo renovarse y renacer física y moralmente. La "Paneuritmia" * es uno de estos métodos. * La Paneuritmia es una danza cuya música y el conjunto de los movimientos fueron creados por el Maestro Petar Dunov.

Hoy, en este bello jardín de uno de nuestros amigos, os he dicho simplemente unas palabras sobre los gestos, sin tener la pretensión de agotar esta cuestión tan vasta. Lo que he dicho es solamente para llevaros a reflexionar. Retened de todo esto que cada gesto, cada mirada, es una expresión de unas fuerzas que vienen de muy lejos, Todos los Iniciados los consideran como cartas, gracias a las cuales pueden leer y descifrar acontecimientos, fenómenos que se producen en unos dominios inaccesibles a los ojos físicos, pero que se materializan en estos movimientos después de haber recorrido innumerables regiones.

Y ahora, ¡que vuestra alma florezca en la nueva vida! Haced gestos armoniosos, y que vuestro espíritu se convierta en un servidor de la Causa divina para el bien de la humanidad.

* * *



www.laensenanza.org